

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 > > > > 1 pta. > >	
100 > > > > 5 > >	
500 > > > > 25 > >	
1000 > > > > 50 > >	

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada del presente número:
7.400 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

EL ÚLTIMO REFUGIO

Aquella mañana habían enterrado al vecino más rico del pueblo, y, al salir de la sacristía, el Párroco distinguió al viejo Buenaventura sentado en la capilla de la Virgen del Carmen, en el mismo rincón donde le sorprendía casi siempre que entraba en la iglesia. Sus labios no se movían, pero sus ojos, clavados en la Virgen, parecían contarle una larga historia de dolor. Su actitud era la de un pobre náufrago arrojado allí por las tempestades de la vida.

El buen Cura le miró, vaciló un momento, y después se fué directamente hacia él y le puso con suavidad la mano derecha en el hombro. El anciano se sobresaltó como si saliese de un penoso sueño o de una triste y profunda meditación.

—Buenaventura,—le dijo el sacerdote con cariño y lástima,—van a dar las doce y a esta hora el sacristán cierra las puertas de la iglesia; y a vuestro hijo tampoco le gusta aguardar para comer... ¿Queréis venir conmigo?

—Sin mí comerían igual en casa, y tal vez mejor—contestó el viejo, levantándose con pena, y como si le doliese salir de allí. Yo cómo y no trabajo, señor Cura.

El sacerdote le ofreció agua bendita y, al salir de la iglesia, quiso llevar la conversación por vías menos espinosas, preguntándole por sus nietos y por la cosecha; pero el anciano tenía su idea fija clavada en el cerebro como un hierro candente.

—Los trigos van bien, pero no soy yo el que los eché en la tierra, ni el que los ha cultivado. El pan que me alimenta es el fruto de los sudores de mi hijo y a él siempre le parece que cómo demasiado. Tal vez tiene razón. ¡Es tan bueno el pan, señor Cura!

—Los años y las enfermedades os lo hacen ver todo negro, y es porque todo lo miráis con ojos tristes. Vuestro

hijo no es, no puede ser un ingrato, como vos imagináis.

—Si yo no lo digo, ni me quejo, señor Cura. También mentiría si dijese que me maltratan. Pero soy en mi casa como un mueble inútil del que nadie cuida sino cuando les estorba o tropiezan con él... Yo sobro en todas partes. Les parece que el lugar que ocupo hace falta a sus hijos, hasta cuando tomo el fresco en un rincón del patio, o me caliento al sol en la era, apoyado en la pared del pajar... Y hablan de eso apenas vuelvo las espaldas, y hasta en mi presencia misma. Y es muy triste estar de sobras en el mundo, señor Cura.

—¡Pobre Buenaventura! Venid a mi casa siempre que queráis, y en invierno os calentaréis en la cocina y en verano podréis hacer la siesta debajo del emparrado.

—Mil gracias y que Dios os pague la caridad; pero en mi casa lo tomarían a mal y además también allí me parecería que estorbo... ¡No, no!—continuó vivamente contestando a un ademán del sacerdote: ya sé que usted es un santo y la vieja Catalina también... No sería ella, que es la mensajera de Dios al lado de los enfermos pobres, la que pensase en ofenderme con una sola palabra... Pero ¿quiere usted que le diga la verdad? Yo me he acostumbrado a refugiarme en aquel rincón, al pie del altar de la Santísima Virgen. Y parece que una imagen no debiera decir nada ¿no es cierto? Pues ahora siento que murmura dentro de mi corazón muchas cosas que yo no sabía cuando podía trabajar y era feliz. Su capilla es el único altar donde estoy bien, porque sé de cierto que Ella, la Madre de Dios, me tiene cariño y está contenta de que le haga compañía. Y este es un pensamiento muy bueno cuando uno se siente solo en el mundo...

Estaban para llegar a la casa de Buenaventura, y el Párroco, envolviéndole en una mirada infinita, le estrechó afectuosamente la helada mano.

—Buena Amiga tenéis y poca falta os hacen mis consuelos después de haber recibido los suyos,—le dijo con emoción.—Encargaré al sacristán que por las tardes abra más pronto la iglesia, pero venid a verme, y siempre que me necesitéis, acordaos de mí.

Y mientras el anciano se alejaba con paso inseguro, el sacerdote le seguía con sus ojos empapados en lágrimas, que sólo Dios sabe si eran de lástima o de admiración...

TRINIDAD ALDRICH.

El Corazón de Jesús, Fuente de todo bien

Admirome y me hago siete cruces al ver lo majaderos que somos los hombres; lo ciegos que estamos; lo a oscuras que vivimos.

Todo se nos va en ir de acá para allá buscando remedio a nuestros males, cuando el remedio lo tenemos a la mano.

—¿Dónde?

—En el Corazón de Jesús.

—Siempre echa usted por el mismo camino.

—Porque no hallo otro para llegar al fin.

—Bien, hombre; pero convengamos en que el pueblo tiene hoy ciertas necesidades que no se satisfacen con bendiciones, y ciertas miserias que no se curan con agua bendita.

—Quien no se cura con agua bendita ni sin bendecir son los cortos de vista, que por no ver nada, ni siquiera ven lo que les conviene.

—¿Y qué les conviene?

—Volver a Jesucristo.

—Hombre, bien; yo creo en Jesucristo; pero...

—Dispense usted: usted no cree en Jesucristo; y si no, dígame usted: ¿qué quiere decir Jesús?

—Salvador.

—Y Salvador, ¿qué quiere decir?

—El que salva.

—Pues si el mundo necesita salvarse, y Jesús es el que salva, ¿cómo ha de salvarse fuera de Jesús?

—Es que como yo he oído decir que si el pueblo lo pasa mal es porque le falta qué comer; y si le falta qué comer es porque está muy atrasado; y si está muy atrasado es porque no tiene libertad.

—Dispense usted; esa letanía se reza de otra manera:

El pueblo está mal, porque no tiene pan; y no tiene pan, porque no tiene trabajo; y no tiene trabajo, porque se lo han arrebatado los egoístas que no viven según el Evangelio de Jesús.

El pueblo está mal, porque no tiene luz; y no tiene luz, porque vive en las tinieblas; y vive en las tinieblas, porque con sus perversas doctrinas le han llenado la cabeza de errores los que no creen la ley de Jesús.

El pueblo está mal, porque se ha corrompido; y se ha corrompido, porque se ha viciado; y se ha viciado, porque de sus vicios han hecho artículos de comercio en periódicos, teatros, pinturas, novelas, etc., los males que no conocen a Jesús.

Finalmente, el pueblo está mal, porque está desesperado, porque no tiene fe; y no tiene fe, porque se la han quitado los incrédulos que renegaron para siempre del amor de Jesús.

—Basta, amigo; voy viendo que siempre va usted a parar a lo mismo.

—Sí, señor, a lo mismo; al Corazón de Jesús, porque ahí está la fuente de todos los bienes y el remedio de todos los males.

—Hombre, ¿y no habrá algo de ilusión en todo eso?

—Donde hay algo, y aun mucho de ilusión, y no sólo de ilusión, sino de tontería, es en no querer comprender que no es con reformas políticas, ni con cambios de partido, ni con teorías económicas, ni con lucubraciones filosóficas, como se hacen felices las familias y los pueblos, sino con virtudes sólidas y verdaderas, que son el fundamento del orden y de la paz, de donde nacen el trabajo y la prosperidad.

—Pero hombre, ¿y los adelantos de las ciencias, artes, industrias, comercio, etc., no valen nada?

—Si hay virtudes, valen mucho; si no hay virtudes, no valen nada. Y si no, dígame usted: ¿de qué le sirve a una nación ser rica, si el egoísmo reparte mal sus riquezas? ¿De qué le sirve ser artista, si emplea el arte para sus vicios? ¿De qué le sirve saber muchas ciencias, si las emplea para destruirse? Nada; preciso es convencerse de aquella gran verdad del Evangelio en que tan pocos se fijan.

—¿Cuál?

—Que del corazón sale todo. Efectivamente, dadme un hombre muy rico y muy sabio, pero de mal corazón, y de ese hombre habrá que huir como de la peste; porque su poder y saber le harán más peligroso.

Pues lo mismo sucede con las naciones. Dadme una nación muy fuerte y poderosa para todo, menos para dominar sus vicios, y antes que vivir en ella preferiría vivir entre salvajes.

Lo dicho: del corazón sale todo. Si el corazón es bueno, de él salen bienes; si el corazón es malo, salen males. Por eso el Corazón sacratísimo de Jesús, modelo de corazones, ha sido y será siempre la fuente de la felicidad.

Vea usted si no de dónde nacen todos los bienes que recibe el pueblo; vea usted dónde tienen su principio más que en el Corazón de Jesús.

¿Ha visto usted muchos impíos que vendan lo que tienen para darlo a los pobres, como lo hacen cada día los amigos del Corazón de Jesús?

¿Ha visto usted muchos incrédulos que abandonen las delicias de la vida para ir a servir a los enfermos en los hospitales, como lo hacen los que aman al Corazón de Jesús?

¿Ha visto usted muchos librepensadores que sacrifiquen su juventud, y que vestidos de un triste sayal se vayan a convertir pueblos salvajes, a costa de su vida, como lo hacen los adoradores del Corazón de Jesús?

¿Ha visto usted muchas mujeres de mundo que sacrifiquen su belleza, y se despojen de sus galas, para encerrarse en los asilos, escuelas, hospitales y manicomios, para cuidar enfermos asquerosos, mujeres perdidas, niños abandonados y locos furiosos, sin más retribución que un pedazo de pan,

ni más esperanzas que un hoyo en el cementerio, como lo hacen cada día las *Hermanas de la Caridad*, las *Hermanas de los Pobres*, las *Hermanas de los Ancianos Desamparados*, las *Siervas de Jesús*, y tantas otras santas criaturas que dan su vida por los demás?

No: eso sólo saben hacerlo los amigos del Corazón de Jesús.

—Efectivamente, no dejo de conocer que los buenos cristianos son siempre los que se portan mejor con el prójimo.

—Pues entonces, aplique usted el cuento. Si lo que en el mundo falta es virtud, y esa virtud sólo la inspira Cristo, ¿cómo encontrar fuera de El la deseada felicidad?

Del Corazón de Cristo
brotó una fuente,
que el agua de la vida
lleva a torrentes;
lejos de ella
nunca hallarán los hombres
más que miserias.

ADOLFO CLAVARANA.

A quien le venga el saco... que se lo ponga

Andamos mal.

Como si aún no subiesen bastante alto las pestilentes aguas de la impiedad y de la corrupción, hoy se nos viene encima una nueva inundación de asquerosas y mal olientes producciones que, bajo el título de «*La Novela Corta*», promete ser muy larga en sus perversas intenciones, puestas ya de manifiesto en sus primeros números.

La lista de los colaboradores puede arder en un candil: en ella figuran los incrédulos de todo pelaje, desde el indigesto Pérez Galdós, hasta el pestilente Felipe Trigo; y no falta alguna dama de quien por sus años debiera esperarse mayor cordura.

No sabemos si por errata de imprenta figura también en el catálogo de escritores el nombre respetable de Ricardo León que, ciertamente, nunca se habrá visto en tan mala y pestifera compañía.

Y al ver que tales cosas sean posibles en este bajo suelo, se nos ocurre aquello de que tanto peca el que mata la vaca, como el que le tiene la pata; pues, en verdad, es difícil determinar si en este caso pecan más los salteadores de la pluma, que los católicos durmientes que favorecen con su dinero tan viles y perniciosas empresas.

Así, pues, con toda la fuerza de nuestros sentimientos, recomendamos vivamente, no sólo a los católicos, sino también a todos aquellos que aún conserven un resto de amor a la propia dignidad, a la honra de la familia y al bien de la Patria:

1.º Que se abstengan en absoluto de leer, comprar, circular, en una palabra, de cooperar, en manera alguna, a la propaganda, sostenimiento y extensión de tan infecciosa plaga; y

2.º Que los ricos y los acomodados piensen en la obligación ineludible que les incumbe de oponerse a la in-

vasión del mal, sacando, de la abundancia de sus recursos, los fondos necesarios para oponer a los monstruosos engendros de la maldad y el error, las saludables aguas de la verdad y del bien.

Los malos libros se cuentan por millones; en cambio, los buenos libros, apenas por centenares.

¿Quién tiene la culpa de este espantoso desequilibrio?

Consúltelo cada cual con su conciencia.

DOROTEO.

La Virgen del Carmen

y las canciones populares

Si todos los misterios del Cristianismo son fuente inagotable de inspiración para el numen popular español, donde él verdaderamente despliega, con ventaja a todos los pueblos de la tierra las olas de su rica fantasía y hace desbordar la copiosa vena del sentimiento, es principalmente en las coplas compuestas en honor de la Santísima Virgen.

¡Ah! ¿cómo dudar que Ella es el supremo ideal de todo español? Acostumbrado a ver en María, no sólo la mujer purísima y llena de gracia, lo cual ya fuera bastante para inspirar la romántica fantasía hispana, sino también la Madre de Misericordia, llena de clemencia y de dulzura; allí donde la piedad le haya erigido un santuario y colocado su imagen sobre el ara, habrá siempre un trovador enamorado del mismo modo que, donde el ave coloque su nido, se hallará un ruiseñor que lance amorosas quejas.

La Virgen del Carmen preside todos los actos de la vida humana e interviene en los acontecimientos extraordinarios.

Hay una Virgen del Carmen
con cetro y escapulario,
para salud de los buenos
y gobierno de los malos.

Apenas nace el hijo, ya tiene la madre española, guardada en el tesoro de sus cristianos sentimientos, una canción para arrullar la cuna querida donde duerme la prenda del alma, en cuyo favor invoca la protección de la Madre del Carmelo:

¡Ya le tengo en la cuna
y considero
qué será de mi niño
si yo me muero!
¡Virgen del Carmen!
amparadle, si muere
su pobre madre.

Es verdad que la madre que así canta puede morir... ¡Tal vez morirá! No temáis, sin embargo, por el huérfano. Al pasar solitario por los caminos de la vida no le faltará la protección de la celestial Mujer a quien le encomendó su madre en la cuna. El mismo lo expresará con pensamientos sentidísimos:

Yo me asomo a la ventana
y a voces llamo a mi madre...
y al ver que no me responde
llamo a la Virgen del Carmen.

Mis lágrimas por mi madre
son como gotas de fuego.
¡Cálmalas tú, Madre mía!...
¡Madre mía del Carmelo!

La Virgen del Carmen no falta a su
Protegido, al recomendado desde su
infancia a su maternal protección. Al
entrar en la primavera de la vida, su
corazón apasionado encontrará en me-
dio del camino otro corazón también
apasionado, y que sin duda la Virgen
se lo puso delante, que le jurará fide-
lidad y amor. Entonces repartirá su
pensamiento y cariño entre la Virgen
de su devoción y el sér querido que
le brinda amor puro. No extrañéis que
los encantos y atractivos del objeto
amado sean entonces como un reflejo
de las gracias y encantos de la Virgen:

Cada vez que te veo
ir por la calle,
en tus pasos pareces la hermosa
Virgen del Carmen.

¿Que tal vez la necesidad habrá de
convertir al pobre mozo en valeroso
campeón de la patria? pues bien, antes
de partir para la guerra, si no siente
alrededor de su cuello unos brazos
maternales que le estrechen con lá-
grimas de dolor y le impongan un Es-
capulario como escudo y salvaguardia
contra las balas, no le faltarán las pro-
mesas de su futura, acompañadas de
un bendito Escapulario, bordado de
pensamientos y siempre vivas:

Toma este escapulario,
ponlo en tu cuello,
y a las balas de plomo
no tengas miedo.

A la guerra van los quintos
a que las balas los maten.
¡Librelos tu Escapulario,
sagrada Virgen del Carmen!

¡Escapulario bendito! Símbolo de la
fe del soldado en quien ha puesto la
esperanza de regresar a la patria con
el pecho cubierto de cruces y laureles:

El santo Escapulario
que me diste al marchar,
del pecho que te adora
nunca se apartará.

No es sólo el soldado quien profesa
ese culto a la Reina del Carmelo.
Cuando el marinero, errante por los
desiertos inmensos del Océano vea
encrespase con ímpetu las olas del
mar, rugir con furia el viento huraca-
nado, cruzar siniestramente el rayo
destructor, rota la antena, indócil el
timón de su barco, próximo a sumer-
girse en los abismos del proceloso
golfo, o a estrellarse contra los inmó-
viles y engañosos escollos, mil veces
pone en sus labios unas de esas senti-
dísimas plegarias, cuya letra coincide
maravillosamente con la solemnidad
del apurado trance.

Ni tampoco el audaz marino es el
único que desde su frágil barca y en
triste naufragio dice sentidas plega-
rias a la Virgen del Carmelo, no, por-
que si en los campos los vegetales pe-

recen, las flores se agostan, las mieses
doblan tristemente sus espigas, aún no
granadas, por faltarles su alimento
necesario, el fecundo rocío del cielo,
la lluvia bienhechora de la tierra, tam-
bién el labrador, desde su hogar tran-
quilo, desolada el alma, buscará en la
poesía religiosa lo que le niegan a una
la prosaica realidad de la vida y las
fuerzas incontrastables de la natu-
raleza.

¿Qué más? Hasta en los momentos
supremos de la muerte, en el Purga-
torio, hace la musa popular intervenir
el especial valimiento de la Reina del
Carmelo. ¿Quién no ha oído alguna
vez, o quizá cantado, estas coplas po-
pulares llenas de aticismo?

A la Virgen del Carmen
quero y adoro,
porque saca las almas
del Purgatorio.
Saca la mía,
que la tengo penando
de noche y día.

O esta otra:

Atado a la cadena
de tu Rosario
baja hasta el Purgatorio,
tu Escapulario.
Y cuando llega,
salen de allí a montones
almas en pena.

¿Qué significan y qué prueban to-
dos esos cantares religiosos salidos
de ese entusiasta poeta anónimo llama-
do pueblo?

En esos arpegios de la fantasía po-
pular están expresados con inspiración
soberana sus sentimientos, sus amores
y sus creencias.

Tal vez la implacable mano del
tiempo destruirá los libros donde se
halla consignada la historia de la Vir-
gen del Carmen. ¿Qué importa? El
pueblo la sabe de memoria. En las
canciones populares guarda, como sa-
grado relicario, las tradiciones de su
antigua fe y de su amor constante.

A. G.

El vicio de la bebida

La desgracia moral no es obra de un mo-
mento, ni la pérdida de un alma se verifica
de una vez y de un golpe: poco a poco y en
una serie sucesiva de caídas y transgresio-
nes, va el hombre prescindiendo del honor y
la vergüenza, aficionándose al vicio y sinti-
éndose caer en la deshonra, en la infamia:
recorre la escala del mal, hasta que pisa el
último escalón y rueda por fin al abismo.

Varios agentes de perdición empujan al
hombre a su ruina física y moral: pero el
más pernicioso y terrible de todos los vicios
es la embriaguez.

Este impulso maldito, este vicio de beber
en demasía licores espirituosos engendra en
el hombre:

1.º Desafecto al trabajo, de donde nace
el vicio, enemigo de todo adelanto y perfec-
cionamiento material y moral.

2.º Desorden en los actos de la vida
doméstica y social, de los que se origina el
olvido de los deberes y de las virtudes, la
pérdida de salud y la ruina de la familia.

3.º La vida aventurera y desastrosa: el
aficionado a bebida vaga de cantina en cau-

tina, de garito en garito y frecuenta otros
lugares de escándalo e inmoralidad.

4.º El uso y abuso de los licores espiri-
tuosos, despierta la inclinación al robo, a la
concupiscencia; el que se embriaga, cada
día avanza un paso en el camino del vicio.

5.º Al hombre ebrio le sorprende y acosa
pronto la enfermedad, y con ella la miseria;
pierde el respeto a la sociedad y la estima-
ción de sí mismo; deshonra a su familia y no
se detiene ante el crimen.

6.º La justicia cae sobre él, severa e
inflexible; sus bienes quedan embargados y
él es conducido a la cárcel. Después... la
condena, el presidio, tal vez el patíbulo
afrentoso...!

Así, pues, autoridades, maestros, padres
de familia, hombres de buena voluntad,
todos debemos procurar que la juventud
inexperta no caiga en el terrible vicio de
la embriaguez. Pongamos ante los ojos de
los niños el tristísimo ejemplo de los des-
graciados que sucumben víctimas de su in-
temperancia en la bebida.

Abstengámonos de las bebidas espirituo-
sas, mis carísimos obreros, el alcohol es un
veneno; trabajemos desde un principio, no
abandonéis la juventud, ni los niños, pues
acordaos de que *«poco a poco se va lejos.»*

ANDRÉS MARTÍN.

¡Pobre mártir!

—Señora,—le dije—debe usted ir
muy incómoda con ese sombrero de
tan largas alas...

—¡No me lo diga! ¡Qué moda más
fastidiosa y molesta! El otro día tuve
que hacer un corto viaje y por todas
partes tropezaba con él... Los caballe-
ros tenían que dejarme la acera o aga-
charse, como se hace con las personas
que llevan desmañadamente sus para-
guas... Fui a meterme en el tren y no
cabía por la portezuela. Instalada,
después de una difícil gimnasia, tuve
que ir durante tres horas mortales de-
recha como un huso, porque por la
derecha tropezaba con el almohadón
de apoyo, y a la izquierda tenía a un
caballero que miraba con horror el
largo alfiler que sujetaba el dichoso
sombrero, temeroso de que le saltara
un ojo. ¡Qué tres horas de inmovilidad
y de suplicio!

Conmovido por tales sufrimientos,
no pude menos de exclamar suspi-
rando:

—¡Pobre mártir!

**

—¡Señora,—le dije—debe usted ir
muy molesta con esos tacones tan
altos!...

—¿Molesta nada más? ¡Y en peligro
constante de romperme la crisma! No
puede usted imaginarse el cuidado con
que hay necesidad de caminar, porque
una torcedura es la cosa más fácil del
mundo: El otro día bajando las esca-
leras, por muy poco me rompo las
piernas, pues, el interminable tacón
tropezó en un peldaño. Yo no sé cómo
inventan modas tan ridículas. Parece
que vamos montadas en zancos. Y eso
que mis tacones no son exagerados;
sólo tienen cinco centímetros. Los hay
de seis, siete y hasta nueve. ¡Qué tor-
mento ir así!

Dolorosamente impresionado ante tales manifestaciones, no pude menos de repetir:

—¡Pobre mártir!

* *

—Señora,—le dije— noto cierta dificultad desusada en sus movimientos.

—¿Dificultad? Diga usted que voy «anquilosada.» ¡Siempre este diablo de moda! Ahora, en nombre de la higiene dicen, hemos de llevar estos corsés invento del Dr. X, o de la «Doctora» Z, de la facultad de París, o de Londres, o de donde sea, y si se nos cae un alfiler, hemos de pedir auxilio al marido a los hijos, o a los criados para que lo recojan, porque nosotras... ¡imposible! Se habla de los suplicios de las orientales con sus modas... Nosotras somos aquí las verdaderas «paganas».

Ante tanto dolor, no pude permanecer indiferente y exclamé:

—¡Pobre mártir!

* *

—Señora,—le dije—¿no os acatarráis con ese traje?...

—¿Lo dice usted porque en pleno invierno voy escotada y con ligeros transparentes? ¡Es la moda! Qué me acatarro, y toso, y paso los grandes fríos... ella lo exige. En cambio en verano me hará ir cargada de pieles. ¿Le parece cosa más atroz?

Ante abuso tan intolerable y cruz tan pesada, no pude menos de exclamar:

—¡Pobre mártir!

* *

—Señora,—le dije—las exigencias de la moda deben ocuparle a usted mucho.

—¿Ocuparme? Y preocuparme y absorberme y subyugarme. Figúrese las horas que una pobre señora tiene que pasar preparándose ropa para vestir como visten las otras... Los ridículos sombreros que tiene que combinar para no ir ridícula. Calculad el tiempo que emplea en hacer, deshacer, rehacer y contrahacer sus trajes. Imaginad sus trabajos para ajustarse a la moda en su traje de paseo, de visita, de teatro, de convite, etc. Y ved qué existencia más ajetreada, movida, ocupada y cribada. Un hombre de intención ha dicho que «la mujer es un sér que se viste, se desviste, se arregla y se vuelve a arreglar...» Yo por vengarme de él le obligaría a pasar durante veinticuatro horas lo que nosotras pasamos.

Tenía razón. Y como las emociones son mudas, no pude articular palabra. Pero allá en el fondo de mi espíritu yo repetía:

—¡Pobre mártir!

* *

—Señora,—le dije—veo que está usted acostumbrada a sufrir y que sabe soportar valientemente el dolor. El mundo es exigente y le pide continuos sacrificios sin provecho y sin recompensa. Dios es más bondadoso. Con mucho menos estará contento de usted: media hora o poco más por la mañana para hacer sus devociones, oír Misa y comulgar, poco más de un

cuarto de hora cada semana para confesarse; cada día unos cuantos vencimientos propios, privarse de algunas palabras contra la caridad, abstenerse de algunos gustos pecaminosos... Un alma como la de usted, probada y curtida, no negará tan corto obsequio al Señor!

Me miró algo sorprendida. Quedóse un momento parada. Mas pronto, con acento de convencimiento y una sonrisa ingenua, me respondió:

—¡Ya lo ve usted, señor, no me queda tiempo!

C. G.

Correspondencia administrativa

Excm. Sra. D. V. de B.—Madrid.—Pagó fin Junio 1916.

Sr. Pte. C. de S. V.—Ledesma.—Id. id. id.

Sr. D. M. G. R.—Oviedo.—recibida liquidación de 4,50 ptas. que agradecemos.

Sr. D. J. T.—Pbro.—Muro (Mallorca) Pagó fin 1916.

RR. PP. Franciscanos.—Lucena.—Recibido G. P. de 35 ptas

Sr. D. F. G.—Prahua.—Id. G. P. de 48 ptas.

Los números del Sr. C. P. de Santianes, se mandan como a todos con rigurosa puntualidad.

Sr. D. B. S.—Ujo.—No recibimos el pago de Marzo y Abril.—Gracias por el donativo de 0,50 de ptas.

Sr. D. B. G.—Sos.—Pagó fin Junio 1917. Gracias por su donativo de 2 ptas.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9.—BARCELONA

Crullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

BANCO DE CASTILLA

SOClEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc.

Dr. Calisto de Rato y Rocés

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Consulta mañana y tarde.

Corrida, 63, Gijón.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. A 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos.

Los diez años juntos 20 ptas. El importe, al hacer el pedido.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

Talleres de Construcción y Reparación de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.—Gijón

Material completo para panaderías, chocolaterías y fábricas de curtidos. Fundición de bronce de todas clases, Robinería, Reparaciones de buques y maquinaria general.